

2.º Los músculos, separados del cuerpo, se contraen cuando se les irrita.

3.º Las vísceras conservan durante mucho tiempo su movimiento peristáltico.

4.º Una inyección de agua caliente reanima el corazón y los músculos (según Cooper).

5.º El corazón de la rana se mueve todavía una hora después de separado del cuerpo.

6.º Según Bacon, se han hecho observaciones semejantes en el hombre.

7.º Y experimentos en corazones de pollos, palomas, perros y conejos; las patas que se arrancan á un topo siguen agitándose todavía.

8.º Orugas, gusanos, arañas, moscas y serpientes ofrecen el mismo fenómeno; en el agua caliente el movimiento de las partes separadas aumenta «á causa del fuego que contiene».

9.º Un soldado cortó de un sablazo la cabeza de un pavo; el animal se sostuvo en pie, dió unos pasos y en seguida echó á correr; tropezó en un muro, volvió batiendo las alas, continuó corriendo y acabó por caer patas arriba (observación personal).

10. Los pólipos hechos pedazos, se convierten al cabo de ocho días en tantos animales perfectos como trozos había.

El hombre es á los animales lo que un reloj planetario de Huyghens es á un reloj ordinario; del mismo modo que Vaucanson tuvo necesidad de más ruedas para su tocador de flauta que para su pato, así el mecanismo del hombre es más complicado que el de los animales; para una cabeza parlante (autómata), Vaucanson hubiera necesitado más ruedas todavía, y esta máquina misma no puede ya considerarse como imposible. Indudablemente que la Mettrie no ha querido designar por cabeza parlante (autómata) un hombre razonable, pero se ve con qué predilección compara á su máquina humana (31) con las obras

maestras de Vaucanson tan características de aquella época; por lo demás, allí donde la Mettrie exagera la idea del mecanismo en la naturaleza humana, se combate á sí mismo censurando al autor de la *Historia natural del alma* de haber conservado la teoría ininteligible de las «formas substanciales»; sin embargo, no hay en él un cambio de opinión sino sencillamente una táctica, ya para guardar mejor el anónimo ó bien para trabajar en cierto modo bajo dos aspectos diferentes un mismo resultado, que es lo que resulta de lo expuesto más arriba. Pero citemos aún, para colmo de prueba, un pasaje del capítulo V de la *Historia natural del alma*, donde expresamente se dice que las formas nacen de la presión de las partes de un cuerpo contra las partes de otro, lo que sencillamente significa que son las formas del atomismo las que se ocultaban aquí bajo las «formas substanciales» de la escolástica; en otra ocasión, la Mettrie vuelve súbitamente sus armas para defender á Descartes: aun cuando hubiese cometido un número mayor de errores, dice, no dejaría de ser un gran filósofo por el solo hecho de haber declarado que los animales son máquinas; la aplicación al hombre es tan visible, la analogía tan chocante y tan victoriosa, que uno se ve obligado á reconocerlo; únicamente los teólogos no advirtieron el veneno oculto que Descartes les hizo tragar en el cebo. La Mettrie termina su obra con consideraciones referentes á la solidez lógica de sus conclusiones fundadas en la experiencia, comparándolas con las afirmaciones pueriles de los teólogos y de los metafísicos. «Tal es mi sistema, ó más bien, tal es la verdad, si no me engaño, breve y sencilla; ahora que dispute el que quiera.»

Este libro, que se vendió con rapidez, hizo mucho ruido, lo que se explica fácilmente; en Alemania, donde todas las personas instruidas sabían francés, no se publicó traducción alguna, pero se leyó con mucha avidez el original que, en los años siguientes, llamó la atención de los periódicos más importantes y provocó un diluvio de



refutaciones; nadie se declaró libre y públicamente en favor de la Mettrie, pero el tono plácido, la crítica profunda y apacible en más de uno de estos escritos, comparados con los procedimientos de nuestra polémica actual, prueban que la opinión pública no encontraba entonces ese materialismo tan monstruoso como hoy se pretende hacerle aparecer; en Inglaterra se publicó inmediatamente después del original una traducción que atribuía la obra al marqués de Argens, librepensador bondadoso que formaba parte de la sociedad que rodeaba á Federico el Grande; pero el nombre del verdadero autor no podía permanecer oculto mucho tiempo. Lo que vino á complicar gravemente la situación de la Mettrie es que, habiendo ya publicado un pretendido tratado filosófico acerca de la voluptuosidad, publicó más tarde otros escritos de este género; también en *El Hombre-máquina* las relaciones sexuales, aun cuando el asunto no parece prestarse á tales digresiones, son á veces tratadas con cierto desdoro sistemático; no desconocemos el influjo que ejercieron en él su tiempo y su nacionalidad, ni negamos tampoco la deplorable pendiente por que se dejó arrastrar, pero repetiremos que la Mettrie creía que de su sistema se deducía la justificación de los placeres sexuales, y, si expresó estos pensamientos, es porque su inteligencia los había realmente concebido; en el prefacio de la edición completa de sus obras coloca el principio siguiente: «Escribe como si estuvieses solo en el universo y no tuvieras temor alguno de la envidia y de las preocupaciones de los hombres, ó faltarás á tu propósito;» quizá la Mettrie ha querido disculparse demasiado cuando en esta apología, donde despliega toda la pompa de su retórica, establece una distinción entre su vida y sus escritos; de cualquier modo, no conocemos nada que justifique la tradición que ha hecho de él un «voluptuoso desvergonzado» que «no buscaba en el materialismo más que una apología para su libertinaje»; aquí no se trata de saber si, como más de

un escritor de su tiempo, la Mettrie llevó una vida disoluta y frívola (y en tal concepto, hasta faltan pruebas), sino más bien si se hizo escritor para servir á sus vicios ó si fué impulsado por una idea de su tiempo, importante y justificable como idea de transición, y si consagró su vida á exponerla. Comprendemos la irritación de los contemporáneos contra este hombre, pero también estamos convencidos de que la posteridad le juzgará mucho más favorablemente, á menos que sólo él no pueda obtener esta justicia que, por lo común, se concede á todos los demás.

Un hombre joven, después de brillantes estudios, no abandona una clientela ya numerosa para perfeccionarse en un centro científico de fama, si no está animado de un amor entusiasta por la verdad. Este médico satírico sabía demasiado bien que en su profesión se pagaba más caro el charlatanismo que la razón y el método en el arte de tratar las enfermedades; sabía que era preciso luchar para introducir en Francia los principios de Sydenham y de Boerhaave; ¿por qué emprendió esta lucha en vez de insinuarse en la confianza de las autoridades predominantes?, ¿le inspiraba sólo un natural disputador? ¿por qué, pues, añadir á la sátira el largo y penoso trabajo de las traducciones y de los extractos? Un hombre tan hábil y tan experto en el ejercicio de la medicina, hubiera podido sin duda alguna ganar mucho dinero más fácilmente; ¿ó acaso la Mettrie pretendía con sus publicaciones médicas ahogar los gritos de su conciencia?... pero no existen ni asomos de una idea cualquiera de justificación personal; además, ¿á los ojos de quién se había de disculpar?, ¿á los ojos del pueblo al que tenía, como la mayor parte de los escritores franceses, por una masa indiferente no madura todavía para el librepensamiento?, ¿á los ojos del círculo de sus conocimientos y amistades donde, con raras excepciones, sólo encontraba personas tan dadas como él á los excesos de la sensualidad, aunque se cuidaban muy bien de escribir libros con este asunto?, ¿en



fin, á sus propios ojos? En toda su obra se ve que tiene el humor risueño y que sabe bastarse á sí mismo; no se halla allí ningún rastro de esa sofística de las pasiones que germina en un corazón desgarrado. Se puede llamar á la Mettrie imprudente y frívolo, censuras bastante graves, es cierto, pero tales censuras no deciden en modo alguno de su mérito personal; no conocemos de él ningún acto característico de perversidad; no ha echado como Rousseau sus hijos á la Inclusa, no ha engañado á dos prometidas esposas como Swift, no ha sido declarado culpable de concusión como Bacon, ni es sospechoso como Voltaire de haber falsificado actos públicos; es verdad que en sus escritos excusa el crimen como siendo una enfermedad, pero en ninguna parte le aconseja como en la infamante fábula de las abejas de Mandeville (33); la Mettrie tiene perfecta razón al atacar la brutal impasibilidad de los tribunales, y, cuando quiere substituir al teólogo y al juez con el médico, se podía acusarle de cometer un error, pero no de pintar el crimen con atractivos colores, porque nadie encuentra bellas las enfermedades; es de admirar que en medio de los odios violentos desencadenados en todas partes contra la Mettrie, ninguna acusación positiva se haya formulado respecto á su moralidad; todas las declamaciones acerca de la perversidad de este hombre, que estamos lejos de clasificar entre los mejores, se refieren únicamente á sus escritos, que, á pesar de su tono enfático y sus complacencias frívolas, contienen, no obstante, un número considerable de pensamientos sanos y justos.

La moral de la Mettrie, tal como está expuesta particularmente en su *Discurso acerca de la felicidad*, contiene ya todos los principios esenciales de la teoría de la virtud fundada en el amor de sí mismo y desarrollada después sistemáticamente por Holbach y Volney, la cual tiene por base la eliminación de la moral absoluta que reemplaza por una moral relativa fundada sobre el Estado y la so-

ciudad, y semejante á la que aparece en Hobbes y Locke; la Mettrie une á ella su teoría personal del placer, que sus sucesores franceses repudiaron para sustituirla con la idea más vaga del amor de sí mismo; lo que todavía le pertenece es la gran importancia que da á la educación considerada desde el punto de vista de la moral, y su polémica contra los remordimientos que se liga á su teoría de la educación. Como se obstinan en poner ante los ojos del público las extrañas caricaturas que se han hecho de la moral de la Mettrie, hemos de indicar brevemente los rasgos esenciales de su sistema. La felicidad del hombre descansa en el sentimiento del placer que en todas partes es el mismo, pero que se divide según su cualidad en placer grosero ó delicado, corto ó durable; como no somos más que cuérpos, nuestros goces intelectuales, aun los más elevados, son por consecuencia en virtud de su substancia placeres corporales, pero, en cuanto á su valor, esos placeres difieren mucho unos de otros; el placer sensual es vivo pero corto; la felicidad que se desprende de la armonía de nuestro sér es tranquila pero durable; la unidad en la variedad, esta ley de la naturaleza entera se encuentra también aquí, y es preciso reconocer en principio que todas las especies de placer y felicidad tienen iguales derechos aunque las naturalezas nobles é instruidas experimenten otros goces que las naturalezas bajas y vulgares; esta diferencia es secundaria y, á no considerar más que la esencia del placer, no sólo alcanza al ignorante como al sabio, sino que tampoco es mayor para el bueno que para el malo (compárese lo que dice Schiller: «Los buenos y los malos siguen la senda del placer, sembrada de rosas»).

La sensibilidad es una cualidad esencial del hombre, mientras que la educación es sólo una cualidad accidental; se trata, pues, de saber ante todo si el hombre puede ser feliz en todas condiciones, es decir, si su felicidad está fundada en la sensibilidad y no en la educación; la



cuestión está zanjada por el gran número de los ignorantes que son felices en su ignorancia y, aun en la muerte, se consuelan con esperanzas quiméricas que son un beneficio para ellos. La reflexión puede aumentar el placer, pero no darle; á quien aquélla hace feliz, posee una felicidad superior, pero con frecuencia la reflexión destruye el placer; uno se siente dichoso por sus simples disposiciones naturales, y otro que es rico, honrado y amoroso, se siente á pesar de ello desgraciado porque es inquieto, impaciente ó envidioso ó porque es esclavo de sus pasiones; la embriaguez producida por el opio proporciona de un modo físico una sensación de bienestar mayor de la que pueden dar todas las disertaciones filosóficas; ¡cuán feliz sería el hombre que pudiese experimentar durante toda su vida la sensación que el opio produce momentáneamente! Un sueño encantador y hasta una locura atractiva, deben ser, pues, considerados como una felicidad real, tanto más cuanto que el estado de vigilia difiere poco del sueño; el ingenio, la razón y la sabiduría son frecuentemente inútiles para la felicidad, y á veces hasta funestos; estos son adornos accesorios sin los cuales el alma puede pasarse, y, la gran masa de hombres que se pasa sin ellos realmente, no está por eso privada de felicidad; la felicidad sensual, por el contrario, es el gran medio por el cual la naturaleza da á todos los hombres los mismos derechos y las mismas intenciones para satisfacerlos, haciéndoles la existencia igualmente agradable; es aquí sobre poco más ó menos, es decir, después de leída una sexta parte de la obra, cuando Hettner parece detenerse en su análisis del *Discurso acerca de la felicidad*, y aun acerca de estos puntos ha olvidado el encadenamiento lógico de las ideas; mas como todavía no tenemos más que los fundamentos generales de esta moral, vale la pena de examinar cómo la Mettrie ha construído sobre esta base la teoría de la virtud; pero diremos una palabra aún acerca de esta base misma.

Se comprenderá por lo que precede que la Mettrie pone en primer término el placer sensual únicamente porque todos pueden experimentarle; no niega en su esencia objetiva lo que llamamos goces intelectuales, y mucho menos los coloca, en cuanto á su valor para y en el individuo, más bajos que el placer sensual, sino que se contenta con subordinarlos á la esencia general de este último, considerándolos como un caso especial que, desde el punto de vista general y de los principios, no puede tener la misma importancia que el principio fundamental mismo, cuyo valor relativamente más elevado no está por lo demás puesto en duda en ninguna parte; comparemos con esta opinión una sentencia de Kant: «Se puede, pues, á lo que parece, conceder á Epicuro que todos los placeres, hasta cuando son producidos por pensamientos que despiertan ideas estéticas, son sensaciones animales, es decir, corporales, sin aminorar por eso de ningún modo el sentimiento intelectual de respeto á las ideas morales, el cual no es un placer sino un respeto de nosotros mismos (de la humanidad representada en nosotros), respeto que nos eleva sobre la necesidad del placer, sin disminuir nada por ello el sentimiento del gusto, el cual es inferior al de la estimación de las ideas»; aquí vemos la justificación al lado de la crítica. La moral de la Mettrie es condenable porque es la teoría del placer, no porque reduzca al placer sensual los goces mismos que debemos á las ideas.

La Mettrie examina en seguida más de cerca la relación que existe entre la felicidad y la educación, y encuentra que la razón en sí no es enemiga de la felicidad, pero llega á serlo por las preocupaciones que esclavizan el pensamiento; libertada de tales preocupaciones, y apoyándose en la experiencia y en la observación, la razón se convierte, por el contrario, en el sostén de nuestra felicidad, es un guía excelente cuando ella á su vez se deja conducir por la naturaleza; el hombre instruído goza